



REVISTA SEMANAL.

Se publican 48 números al año.
Su precio, 2 rs. al mes en toda España, franco de porte, siendo precisa condición hacer la suscripción por anualidades.

AÑO 3.º—NÚMERO 22.

DIRECTORA.
ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

14 de Junio de 1877.

PUNTOS DE SUSCRICION.

En su redaccion y administracion, calle del Darro del Campillo, núm. 45.

SUMARIO.

Sobre la influencia de las mujeres en nuestras sociedades modernas, por don Ruperto García Cañas.—**La Cruz**, poesía, por doña Gertrudis Gomez de Avellaneda.—**Calvario y Redencion**, novela, por doña Enriqueta Lozano de Vilchez.—**La Calavera de la puerta de Elvira**, por don Francisco de P. Villa-Real y Valdivia.—**Variedades.**

SOBRE LA INFLUENCIA DE LAS MUJERES

EN NUESTRAS SOCIEDADES MODERNAS.

En todas las épocas de la historia en que la civilizacion comienza á estender su apacible y benéfico influjo, vése tambien ascender la importancia de la mujer de una manera análoga y gradual; en las épocas de fuerza, en los pueblos salvajes y guerreros, la mujer es considerada como el emblema de trasmision de la raza humana, seméjase á alguno de los instrumentos de pesqueria en la cabaña, útiles tan solo en el momento en que la necesidad estimula al trabajo, para procurarse el alivio y la satisfaccion; en tales épocas la importancia de la mujer se rebaja considerablemente;

reducida á la mayor servidumbre, se afana de continuo en la preparacion de las viandas, en la lactancia de sus hijos, y hasta en el cumplimiento de las leyes ó instintos que la naturaleza ha prescrito á los animales; el hombre, rey de la cabaña mira con desden la importancia de la mujer que no sabe procurarse el sustento por la via de la fuerza; la fuerza que es la virtud eminente del salvaje, del hombre que habituado á una vida errante y nómada, fortificado con los hábitos agrestes y feroces de la caza, la guerra y la rapiña, no se cura de halagos ni caricias, no ve en la mujer su compañera, sino una esclava adquirida por la suerte, como uno de los escasos muebles que necesita en su aduar. En tal estado la situacion de la mujer es triste, si bien no idéntica ó igual á la del esclavo reducido á servidumbre, porque la mujer fué criada por la Providencia para andar como colgada de su semejante; y á pesar de la altanería y arrogancia del hombre ¿cómo se desentiende de las intimidades del corazon por leves y efímeras que hayan sido? Mas pasemos de esta época ruda y agreste, y entremos en una sociedad mas avanzada, y á proporcion veremos el ascendiente que va adquiriendo la mujer, ya se la verá representar un papel in-

teresa en la historia, ya la veremos cultivar la poesía, las ciencias, ya en fin ejercer un poder soberano sobre el hombre, bien por el atractivo encantador de la belleza, ó de esas gracias flexibles y delicadas con que dotó Dios á la mujer para fascinar mejor la inclinacion del hombre; sin embargo, el reinado de la hermosura, del que en absoluto no prescinde nuestra condicion, no es el que ha de acrecentar la influencia de la mujer en nuestras sociedades; cultivase hoy con el mayor esmero la ternura, ese atributo divino de la belleza, donde brota sin cesar un torrente de caridad y de amor infinito que realza sobre manera el precio de la beldad; cultívanse todas sus disposiciones morales, ya por medio de las ciencias, artes, religion y ejemplos virtuosos, cuanto por el estímulo de aparecer una excelente madre de familia, que fije las miradas de la juventud atenta al porvenir y á los cuidados de su posteridad. El cristianismo que vino á regenerar el mundo, no podia menos de alcanzar á esa mitad de nuestra existencia que se llama mujer, objeto mil veces de nuestras delicias, y alguna vez tambien de nuestras amarguras; la mujer cristiana se liga con vínculos sagrados al cumplimiento de las leyes de la naturaleza, se moraliza y adquiere mas independencia y libertad: el hombre á su vez emancipa á la mujer de aquel antiguo yugo con que la oprimian en los primeros tiempos de rudeza y de incivilizacion, la eleva y ensalza allá en su corazon, de modo que siendo á sus ojos mas digna, mas nobles y dignas aparecen sus relaciones á la vista de los demás. El cristianismo predicando el amor á los hombres, la fraternidad y el alivio de los males que afligen nuestra especie, por la virtud de la caridad combatió á todo trance el predominio de la fuerza bruta, la esclavitud y la dureza de corazon; de este modo preparaba el campo á las semillas benéficas que á la vez esparcia en nuestra sociedad, porque en seguida que al hombre se le obligó á ser bueno en nombre de Dios, lo fué por interés, y ve ahí la filosofía naciendo de la religion. La mujer en el cristianismo, creció en moralidad, en poder y en dignidad; de la clase de sierva pasó á ser señora y compañera; rompiéronse los lazos de degradante dependencia, y estrecháronse mas y mas los de la íntima amistad y del amor: desde entonces se ennobleció la institucion del matrimonio, tuvo ya un fin moral mas elevado y mas noble. ¡Oh! qué grandeza hay en ese lazo indisoluble que forman dos seres que se encuentran en el mundo, para sobrellevar los tormentos de la vida y participar de las alegrías del corazon: porque ya nada es individual, aislado: se han reconcentrado dos vi-

das, y viven no solo para si, viven para su posteridad, viven para el honor, viven para la gloria; esta compañera de la vida con quien se parte el sustento, que alivia las congojas y aflicciones del espíritu, que aplica á la boca el bálsamo en el acceso de la fiebre, y llena de solicitud ansiosa espia los momentos de procurar tu descanso y de vencer tus dolencias á fuerza de desvelos; esta compañera angelical, despues de Dios la debemos al cristianismo; sustituid otros principios á sus indestructibles doctrinas y veréis convertirse la sociedad conyugal en un foco de corrupcion, de inmoralidad y de crimen: ni el brillo del talento, ni la posesion de riquezas, ni el lujo y esplendor de las artes, ni aun la encantadora perspectiva de la hermosura, indemnizarían jamás de la pérdida de aquel amor que encarga el cristianismo á sus fieles, como corona núcleo de todas las virtudes. Sin esta cualidad la sociedad conyugal seria un laberinto funesto erizado de espinas, que lastimarian el corazon y atormentarian el alma.

Hemos indicado de qué manera el cristianismo ha ejercido su influencia sobre el hombre; pero no nos hemos detenido á examinar de qué modo la mujer ha contribuido á la civilizacion del hombre mismo; sin embargo que no hay mas que abrir los ojos para mirar las señales de este hecho que hemos anunciado. Ya consideremos al hombre independiente y libre de toda obligacion para con la mujer, ora le contemplemos ligado con el vínculo del matrimonio, siempre se verá á la mujer ejerciendo un grande influjo sobre el hombre: ella es su talisman, la estrella de su rumbo, el anhelo de su esperanza: hay una atraccion invencible en el hombre hácia ese ser dotado de hermosura y de un conjunto de gracias, que llega á enloquecer los ánimos capaces de impresionarse profunda y exaltadamente; en esta época podemos decir, que la mujer despierta y desarrolla en el hombre un exceso de fuerza y de pujanza, que ha de servirle útilmente en la carrera de la vida, porque aviva y desarrolla las pasiones tan necesarias para dar impulso á esta masa material, rebelde á veces á las frias determinaciones del espíritu; y como la posesion de la mujer sea uno de los impulsos naturales del hombre, reflexiona que para conseguir este objeto necesita no solo cumplir con los deberes que la sociedad conyugal le impone, sino hacerse muy digno de galardón y recompensa de la que ama; por eso no solo trabaja, sino que se moraliza: mas no se limita á esto únicamente su influjo, es á la vez mas directo; esa ternura expansiva, esa delicadeza de expresion, esa cariñosa unción de sentimiento, se imprime fuertemente sobre el

rudo, desdeñoso y áspero continente del hombre, vuélvese á su lado mas afable y cariñoso, no respira ya aquellos sentimientos de venganza, de ira, ó de cólera que abrigaba contra sus semejantes, porque se lo impiden no solo los ruegos de la belleza, sino las lágrimas de una esposa, y tal vez el fruto de su amor. Si hubiéramos de citar ejemplos y deducir de lo que pasa á nuestra vista en los caserios y las aldeas, diríamos que la importancia ó el influjo de la mujer es aquí mucho mas sensible; porque nada es mas frecuente que ver á la mujer llena de virtudes y de pobreza al paso que el hombre se advierte una tendencia á disipar lo que á fuerza de sudores va reuniendo y que sin la prevision y los consejos de la mujer se malgastaría en un dia, en una hora; este es un hecho que cualquiera ha podido observar en los pueblos donde la corrupcion y el lujo no han fijado su asiento, y en las clases donde la educacion no ha penetrado como fuera de desear; no es del caso explicar las razones que han podido contribuir á este suceso, bástanos indicar este hecho en comprobacion de la verdad que tratamos de demostrar, á saber: la influencia de la mujer en la civilizacion humana, y todo esto sin contar para nada la intervencion del afecto materno, la lactancia y toda la ternura que una madre sabe deramar sobre la vida de su hijo, ni el gran papel á que Dios la ha destinado en esta sociedad, y que ha inspirado á Aime Martin las elocuentes páginas de su libro sobre la civilizacion de la mujer, porque seguramente en el seno de la familia hay un vasto teatro donde la madre, la esposa, la hermana y demás que se hayan ligados con el vínculo de la sangre ejercen un poderoso influjo en el porvenir de la sociedad, hay aquí sin duda una mano divina que estrechamente ha unido los afectos de estos seres queridos, pero sucesivamente se van extendiendo las relaciones por la amistad, la gratitud y demás medios que la Providencia ha decretado para el fomento y subsistencia de la sociedad; pues bien, en esa sociedad que nace del seno de la familia, la mujer tiene una esfera tan dilatada que no puede menos de ser muy importante su influencia, y así es la verdad. La historia hace mencion de una época en que el imperio de la mujer señala sobremanera á saber: la época de la galantería y del espíritu caballeresco de los siglos medios, el tiempo del reinado de la hermosura y del amor, de la constancia y heroicidad en los grandes efectos, que hacia mantener ó despertar la mujer con una prenda sencilla; galardón del valor, de la generosidad, del agradecimiento. ¿Cómo se concibe esa proteccion y amparo de la belle-

za, sin mas recurso que su ternura ni otro apoyo que su inocencia? ¿Por qué el guerrero cubierto de sangre iba á deponer á los piés de su querida los trofeos de la victoria? ¿quién es esta reina que alcanza un tan universal acatamiento y precisamente en una época de fuerza en que la sociedad luchaba fuertemente por conquistar una forma, si cabe decirlo así, de vida social? ¿Por qué razon el caudillo terrible defiende en la pelea al menesteroso, al débil, y de leon y bravo vuélvese dócil y pronto al ruego é insinuacion de la beldad que le ordena? Todos estos hechos revelan suficientemente que la mujer en la época de la caballería ejerció un influjo maravilloso sobre el hombre, que contribuyó á dulcificar sus costumbres guerreras con rasgos de generosidad que siempre galardonaba, que infundió á los hombres valor en los trances peligrosos y arriesgados, y en fin que contribuyó de la manera que en aquella época podia contribuir al mejoramiento del hombre en aquella fraccionada y turbulenta sociedad.

En consecuencia, podemos asegurar, atendido el progreso racional de nuestras sociedades, que la mujer está destinada á ver acrecentarse cada dia el influjo de su magnetismo y la fuerza de su poder, si teniendo por norte la virtud, atributo el mas digno de aprecio á los ojos del hombre, procura embellecer sus gracias naturales con los modales y refinamientos de una culta sociedad, con el atractivo y encanto de las artes, con el cultivo hasta de las ciencias, si se lo permitieran sus atenciones y posicion: entonces su importancia social se acrecentaria en gran manera, y no es posible prever la trascendencia de un suceso tan beneficioso á la humanidad y á la conveniencia de los pueblos. Inútil es advertir que el impulso y buena direccion de esta empresa pende muy particularmente del celo y estímulo que en ella emplee el hombre como muy interesado en sus buenos resultados.

Ruperto García Cañas.

LA CRUZ.

¡Canto la Cruz! ¡que se despierte el mundo!
 ¡Pueblos y reyes escuchadme atentos!
 ¡Que calle el universo á mis acentos
 Con silencio profundo!
 ¡Y tú, Supremo Autor de la armonía
 Que das sonido al mar, al viento, al ave,
 Presta viril vigor á la voz mia,
 Y en torrentes de austera poesía
 El poder de tu cruz deja que alabe!

Tiembla la tierra, se conmueve el cielo
De este nombre al lanzar eco infinito,
Que aterroriza al inmortal precito

En su mansion de duelo!

¡Canto la Cruz! el Angel de rodillas
Postra á tal voz la inmaculada frente;
Tú, excelso Querubin, tu ciencia humillas,
Y del amor la altas maravillas
Absorto adora el Serafín ardiente.

¡Alzad, alzad vuestro pendon de gloria,
Oh! de la fé sublimes campeones!

¡Alzadlo, y á su sombra las naciones

Cantarán su victoria!

Alzadlo, que el clamor no le amedrenta
Que exhalan de impiedad negros vestigios....
¡Sangre de un Dios por púrpura presenta,
Y por sagrado pedestal se asienta
En la cerviz de diez y nueve siglos!

¡Alzadlo vencedor! Esa es la enseña
Ante la cual temblaron las montañas,
La tumba abrió sus lóbregas entrañas,
Se quebrantó la Peña!

Viéndola el Sol del Gólgota en la cumbre,
Lecho de muerte al hijo del Eterno,
Veló asombrado la fulgente lumbre;
Y al cesar en la antigua servidumbre
De la culpa de Adán, rugió el infierno.

¡Alzad, alzad vuestro estandarte régio,
A cuyo aspecto hundiéronse al abismo
Los dioses del antiguo paganismo,

Desde su olimpo egregio!

¡Alzadlo, cual lo alzó resplandeciente,
Como emblema de triunfo, Constantino
Sobre el cesáreo lauro de su frente,
Las águilas de Roma omnipotente
Párias rindiendo al lábaro divino!

Alzadlo cual lo vió, firme, constante,
Más fuerte que las haces de los Reyes,
Entre escombros de pueblos y de leyes
El bárbaro triunfante!

Holló de sus bridones con las plantas
El esplendor de Europa envejecido
En tantas lides, en hazañas tantas:
Más de esa Cruz ante las aras santas
El ruego al vencedor dictó el vencido!

¡Alzadlo, cual se alzó piadoso y bello,
Á ennoblecer bajo su blando yugo
El que al destino descargar le plugo
De América en el cuello!

Dió un paso el tiempo, y á su influjo vario,
Que tan pronto derroca como encumbra,
No es ya de un mundo el otro tributario,....

¡Mas inmutable el signo del Calvario
El Sol del Inca y del Azteca alumbra!

¡Alzadlo; que su apoyo necesita
La vacilante humanidad! ¿Do quiera
No la veis á la vez medrosa y fiera
Cuán incierta se agita...?

Su audaz anhelo á su flaqueza espanta,
Y arrastrada por vértigo profundo
En convulsiones su vigor quebranta,
Hoy abatiendo lo que ayer levanta,
É inútilmente estremeciendo al mundo.

¡Alzad la Cruz que el porvenir encierra
De esa infinita multitud! Sus brazos,
Que solo brindan fraternales lazos,
Afirmarán la tierra!

¡Alzad la Cruz, que ya la especie humana
Vincula los destinos en su nombre.....!
¡Alzad la Cruz, de donde el bien emana,
Y do se ostenta en acta soberana
La verdadera libertad del hombre!

Aunque entre sangre se presente adusta,
La paz sustenta y al amor anida:
Instrumento de muerte engendra vida,
Y es luz su sombra augusta!

Dique opone al poder y lo afianza;
El débil se hace fuerte de ella armado;
Por ella sola la igualdad se alcanza,
Que de sus brazos la eternal balanza
Pesa á la par el cetro y el cayado.

Allí tambien la soberana diestra
Pesó el valor del mundo... ¡oh maravilla,
Que si del hombre la razon humilla
Su dignidad demuestra!

Sí, pesó al mundo la Eternal Justicia:
Pesole por romper el que lo abate
Yugo cruel de la infernal malicia,
Y tanto amor en él cargó propicia,
Que una vida inmortal fué su rescate!

Por eso en los ásperos brazos
Del leño sagrado se ostentan
Las manos que al orbe sustentan,
Las manos que rigen al Sol.

Por eso en gemidos se ahoga
La voz que á la nada fecunda,
Velada por sombra profunda
La luz de la gloria de Dios.

¡Tú espiras, oh Autor de la vida!
¡La muerte contigo se ensaña!...
¡Mas rota quedó la guadaña
Al darte su golpe cruel!
Subiendo á tu trono sangriento

Su trono funesto derrumbas...
¡Los muertos dejando sus tumbas
Recogen tu aliento postrer!

El rey de la tierra probando
Del fruto del árbol de ciencia,
La muerte nos dió por herencia
Y esclaves nos hizo del mal.

El rey de los cielos, cual fruto
Del árbol de amor nos convida,
La patria nos vuelve y la vida,
Por padre al Eterno nos dá.

¡Florece, árbol santo, que el astro
De eterna verdad te ilumina,
Y el riego de gracia divina
Fomenta tu inmensa raiz!

Florece, tus ramas estiende,
La estirpe de Adán fatigada
Repose á tu sombra sagrada
Del uno al opuesto confin!

¡Te acaten pasados los siglos,
Y tú los presidas inmóvil,
Y toda rodilla se doble
En faz de tu eterno vigor!

¡El cielo, la tierra, el abismo,
Se inclinen si suena tu nombre...!
¡Tú ostentas á Dios hecho hombre!
¡Tú elevas al hombre hasta Dios!

Gertrudis Gomez de Avellaneda.

CALVARIO Y REDENCION.

CARTAS DE DOS HERMANOS.

Valeria de Aguilar á su amiga Edmunda de Mendoza.

Mi silencio te extraña, amiga mía, y te quejas de él, dudando quizá de mi cariño.

Haces mal en ello, Edmunda, y no me conoces al suponer que pueda olvidarte.

Demasiado independiente y demasiado altiva, me avengo mal con el fingimiento, y créeme, si no te amase, si verdaderamente no te consagrara mi afecto, no trataría de mentir y nuestra amistad se hubiera roto.

Pero tú ejerces y has ejercido siempre sobre mí una influencia que no me explico; tal vez esto consiste en la misma diferencia de nuestros caracteres: el tuyo dulce, tímido, dispuesto siempre á suplicar; el mío fuerte y enérgico, pronto á demandar obediencia y sumisión.

Ya recordarás que en el colegio éramos las dos alumnas menos parecidas, pero las dos que se amaban más.

Y yo que me rebelaba contra todas las órdenes, contra todos los mandatos de nuestras superiores, cedía sin la menor dificultad á una palabra, á un ruego tuyo, plegando á tu voluntad mi indomable voluntad de hierro.

Á tí te amaban todas, y te llamaban la niña modelo: á mí todas me aborrecían y me tenían miedo.

Yo, sin embargo, no sentía envidia de esto, y lejos de enfadarme contigo por semejantes preferencias, empleaba muchas veces mis fuerzas en sostener tu debilidad, y en salir á tu defensa si por alguna te creía ofendida.

Desde entonces, Edmunda, me acostumbré á quererte de tal modo que veía en tí el ángel de mi guarda, y, ya lo recordarás, te llamaba con este nombre, cuando con tus tímidos consejos me impedías hacer algún mal.

Así hemos seguido luego despues.

Yo, que me he burlado de todos los afectos que he logrado inspirar, que he sabido hacer que mi corazón obedezca siempre á mi cabeza, ó mejor dicho, que he matado ó extinguido todos los sentimientos que no estaban de acuerdo con los cálculos de mi razón, me he dejado dominar por tí, única persona para quien no tengo secretos, único ser que me comprende tal cual soy, y á quien no sé por qué, confieso siempre la verdad desnuda, y doy parte en los más íntimos secretos de mi conciencia y de mi alma.

¿En qué consiste todo esto? yo no lo sé; no puedo explicarlo; pero ello es que sucede así, y desde que te alejaste de mi lado, me he convertido en más reservada, en más fría, en menos comunicativa que antes.

Hoy, sin embargo, tengo necesidad de expansión, de afecto..., lo diré de una vez, de consejos, y á nadie puedo pedirlos más que á tí, amiga mía.

Sí, Edmunda; yo he aprendido á mandar, á dominar, á imponer mi voluntad; pero hoy tengo necesidad de saber agradar: quiero enseñarme á hacerme querida, y nadie como tú puede tornarme en maestra de esta ciencia, que en tan alto grado posees.

Ser adorada y obedecida por aquel que desde un principio se manifiesta nuestro esclavo, ni agrada al corazón, ni satisface á la vanidad.

Pero atraer una mirada que se desdeña fijarse en nosotras: sujetar un pensamiento que jamás hemos logrado ocupar un momento: hacer suspirar á unos labios que se plegan con indiferencia al pronunciar nuestro nombre: trocar en fuego el hielo de un corazón que late siempre igual, siempre tranquilo en nuestra presencia; ¡ay Edmunda! esto debe encerrar incalculables goces,

y yo estoy resuelta á intentarlo al menos.

Ya sé que te llenarán de extrañeza mis palabras: ya sé que te preguntarás admirada ¿quién es el ser que ha podido despertar en mi mente estas ideas nuevas en mí? pues mas crecerá tu asombro al saber que se trata de un joven oscuro y sin fortuna, de apariencia modesta, de aspecto sencillo, sin pretensiones, sin títulos..... lo diré de una vez: de un simple dependiente de mi padre, que solo se ocupa de cuentas y números, sin tratar de salir de la esfera que ocupa.

No pienses, Edmunda, que quiero atraerle á mis piés, para hacer de él un dócil instrumento.

No, ahora no se trata de esto: no es la ambición ni la sed de riquezas lo que preocupa hoy mis sentidos. Mi madrastra murió, mi hermana es un ser inútil é inofensivo á quien nunca veo, y que para nada estorba mis planes, y mi padre no tiene mas ídolo ni mas pensamiento que yo.

No tengo que luchar, pues, para adquirir una posición brillante, porque ya la poseo; pero necesito luchar para vencer una voluntad que no se humilla bajo el imperio de la mía, y un corazón que permanece mudo cuando yo quiero hacerle latir.

Á veces, Edmunda, tengo miedo á este hombre tan joven, tan modesto y tan esclavo de su deber, porque pienso si será el encargado de castigar todo el mal que he causado.

Á veces tambien, cuando le veo junto al pobre Julio, me estremezco al recordar cuánto le he hecho sufrir, y me pregunto si algun dia no lloraré lágrimas de sangre, herida por el mismo dolor con que he jugado y de que me he burlado sin piedad.

Oh! amiga mia, mi buena Edmunda, ¿crees tú que mi corazón sea capaz de sentir? ¿crees tú que pudiera olvidar mi orgullo hasta el punto de amar á un hombre que se me mostrase indiferente, que no se fijase jamás en mí? No, esto no es posible: si me preocupa hoy su recuerdo, es porque ha seguido diferente conducta que los demás: si tengo empeño en llamar su atención, si me desespero de no conseguirlo, es solo por una cuestión de amor propio, por un sentimiento de herida vanidad.

Y sin duda su modo de obrar es hijo de un estudio, de un plan formado de antemano. No puede ser de otro modo.

Yo le he invitado por medio de mi padre para que asista á mis reuniones, y él, lejos de aprovecharse de este favor casi le ha esquivado, pues solo ha venido una ó dos noches, y eso quizá por cumplir un deber de política solo, por no faltar á lo que exige la sociedad y la buena educación.

Y si vieras! en esas noches, lejos de aprovecharse de las grandes ventajas que posee, ha permanecido retirado, y á no ser por una casualidad, yo no sabría que es un genio y un talento superior.

Sí, lo es; no lo dudes: y luego su figura, en la que nada hay de vulgar, su mirada, en la que brilla un alma de fuego, su aspecto tranquilo y digno, todo, todo en él revela algo que yo no sé explicar, pero que domina, que atrae, que subyuga.

Advertirás mucha incoherencia en mi carta; pero ¿qué quieres? ya te he dicho que no sé mentir, y sobre todo, si has de darme consejos, si has de guiarme en la senda que emprendo, fuerza es que comprendas todas mis impresiones, todas mis ideas; fuerza es que conozcas ó que adivines á Fabian. Así sabrás si puedo vencer en la lucha que intento: así juzgarás si puedo hacerme dueña de esta alma, en la que no ejerzo hoy ningún imperio, y en la cual, por orgullo ó por amor, quiero reinar enteramente.

Adios, Edmunda, adios amiga mia: de ahora en adelante, la que te confiaba sus pensamientos de niña, la que te ha mostrado su alma entera, depositará en tí todos sus secretos.—VALERIA.

(Continuará).

Enriqueta Lozano de Vilchez.

LA CALAVERA DE LA PUERTA DE ELVIRA.

TRADICION GRANADINA.

Hay ciudades en España donde el misterioso encanto del pasado se refleja en sus monumentos, se simboliza en sus instituciones, se da á conocer, en una palabra, en cualquier pequeño destello de su antiguo poderio; pero con dificultad podrá encontrarse una como Granada, donde la imaginación y el sentimiento se conmuevan recordando en cada puerta, en cada calle, y aun en cada edificio, un magnífico episodio de su peregrina historia.

La religion y la política, la literatura y las artes, todo nos revela el inmenso poderio de esta ciudad, que despues de ser el último asilo del fanatismo musulman en nuestra patria, habia de ser mas tarde y para siempre, el baluarte inexpugnable de las creencias católicas.

Fuerza y decision en la gente mora; heroismo y grandeza en el conquistador castellano. Hé aquí los caracteres distintivos de sus moradores, en los tiempos que siguieron á la conquista de Granada por los monarcas católicos, y que se continuaron en los de Felipe II, época la mas

caballeresca de las que en nuestra ciudad querida se conocen, y de las que quedan mil y mil tradiciones fantásticas, que fundadas en la historia, han sido y serán siempre el vasto arsenal adonde acuda el poeta y el novelista, para escoger el tipo ideal de sus inspiraciones.

Entre el inmenso laberinto de acontecimientos grandiosos que en ella tienen lugar, descuelan, sobre todo, las multiplicadas rebeliones que diariamente intentaban los moros convertidos, y que llenando de gloria á nuestra historia, oscurecieron para siempre la singular modestia que encubiertamente aparentaron desde la conquista los sectarios de Mahoma.

Á esta época de convulsiones interiores y de luchas sin fin; á este periodo de heroísmo para el español, y de desesperacion para el agareno, vamos á trasladarnos en alas de nuestro entusiasmo patrio, presentando, siquiera sea con desnudez, una de las páginas mas importantes de la rebelion de los moriscos.

I.

Encontrábase el día 27 de Diciembre de 1566 el auditor del Santo Oficio, D. Diego de Deza, en su palacio-morada, cuando una orden del marqués de Mondéjar le mandaba que en el término mas breve se presentase en la Chancilleria, para enterarle de un importante decreto de S. M. el rey Felipe II, que, segun se expresaba, habia de producir beneficiosos resultados para la causa santa de la Religion y de la patria.

—Presiento, sin darme razon de ello, dijo D. Diego á uno de sus familiares, que semejante llamada por parte del marqués, entraña en sí una cuestion gravísima, que ha de traer funestas consecuencias para el orden en la ciudad; pero ante el expreso mandato que en nombre del rey se me hace, no vacilo en obedecer, aunque en sus resultados peligrase mi vida, que como la de todos los vasallos, solo á la religion y al monarca pertenecen.

Y diciendo estas palabras, revistióse de sus insignias, y con paso mesurado y grave, dirigióse seguido de sus familiares por la calle de Elvira, á encontrarse con D. Íñigo Lopez de Mendoza, que ya impaciente le esperaba.

No tardó en conocer bien pronto la importante orden que se le iba á comunicar, pues que en el momento de avistarse con el Capitan general de Granada, éste, con aire bastante contrariado, le dió á leer un extenso pergamino, de donde pendian las armas reales, y en el que se ordenaba que en el término de un año se cambiasen los usos, costumbres y lenguaje de los moriscos en

la ciudad conquistada, mandándose fuesen los personajes citados los ejecutores de semejante disposicion.

—Creo, inquisidor, que semejante medida ha de traer gravísimos males, y tal vez desprestigie la sábia política de nuestro rey, dijo el marqués de Mondéjar; mejor fuera la persuacion y el ejemplo, que no la intimidacion y la violencia, que en todo caso dará por resultado exasperar los ánimos, y hacer estallar la mal comprimida rabia de los que públicamente aparentan profesar nuestra religion, y en secreto se dedican á practicar los perniciosos ritos de la suya.

—Tambien creo, marqués, que alguna excision ha de producir tal medida en la ciudad; pero vos conoceis asimismo los ciegos ódios que dividen á cristianos y moriscos, basados precisamente en estas distinciones, la constante efervescencia que reina, y por último, que los sectarios de Alá no cesan de conspirar en medio del silencio y las tinieblas, al abrigo de la generosa tolerancia con que han sido tratados hasta ahora.

—Arriesgada creo la medida; pero ante vuestra decision y el mandato del rey, no vacilo en su cumplimiento, y en prueba de ello, designo para la publicacion de tal medida el 1.º de Enero del año que el lunes va á empezar, pudiéndose contar siempre con el apoyo del que en la paz y en la guerra estará al servicio del rey y de la religion.

—Hasta el lunes, en que mis familiares serán acompañados de vuestros soldados, señor de Mondéjar.

—Hasta ese día en que con vos presidiré la ceremonia, Sr. D. Diego.

Y con estas palabras concluyó la conferencia, cuyos resultados temia el auditor del Santo Oficio, sin presumir siquiera el resultado de la misma.

II.

Trasladémonos al 1.º de Enero de 1567. Lucía un día hermoso y apacible; la aurora empezaba á teñir suavemente el horizonte, y ya las campanas todas de Granada sonaban en señal de júbilo por la ceremonia que iba á tener lugar. En vano era que los moros preguntasen la causa, pues que nadie hubiera podido satisfacer su natural curiosidad. Todos habian de esperar algunas horas para conocerla; y así, en esta vacilacion, pasaron las primeras de la mañana.

Empero muy cerca de las doce, la multitud de gente reunida en la puerta de Chancillería, daba

á entender que allí precisamente se iba á descifrar el misterioso enigma que tan en alarma traía á la ciudad desde las primeras horas de aquel día.

Y como por encanto, aquel oleaje inmenso de mahometanos fuese serenando, quedando la ciudad en la aparente calma que presenta en las vísperas de las revoluciones.

Viéronse bien pronto salir los familiares todos del Santo Oficio con el Inquisidor á la cabeza, y detrás, y como custodiándoles, al marqués de Mondéjar y la guarnición de Granada, que recorriendo toda la ciudad, daba á conocer á sus habitantes por medio del pregonero, la orden de S. M., en la que se prevenía que los moros convertidos cambiasen, en el termino de un año, de trajes, nombres y costumbres; cerrasen sus baños públicos, abriesen sus casas y fuesen las mujeres con los rostros descubiertos: todo bajo las más severas penas á los contraventores de tales disposiciones.

Es inútil describir la feroz rabia que se apoderó de los moriscos en aquel día. Sus corazones latían á impulsos del odio mal comprimido, y los descendientes de los hijos del desierto estuvieron más de una vez dispuestos á impedir el paso de la comitiva, rebelándose contra la orden, si la voz de Ben-Hamar, conocido por el Seguir, no les arengase en la cuesta del Chapiz y contuviese sus bélicos deseos.

—Hermanos, les dijo, aún no ha sonado la hora de la venganza: aún Mahoma no ha dispuesto la salvación de sus hijos. Ya se aprestan á la lucha nuestros compañeros de las Alpujarras; ya los del Valle de Lecrin han marchado á Cádiz á tener junta con nuestros jefes, y bien pronto, bajo la gran muralla, bajo la gran puerta; celebraremos la reunion, en que ya elegido rey arrojaremos de nuestra adorada ciudad al pérfido Nazareno.

(Continuará.)

Francisco de P. Villa-Real y Valdivia.

VARIETADES.

LA HIJA DE LA VÍRGEN MARÍA.

(Traducción del alemán).

(CONTINUACIÓN).

La joven prometió obedecer, y en cuanto partió su protectora comenzó á visitar las habitaciones, una cada día, hasta concluir de ver las doce. La circunstancia de

hallar en todas el trono de un rey, adornado con gusto sin igual y magnificencia inexplicable, avivó sus deseos de saber lo que ocultaría la puerta prohibida.

—Ya que no por completo, dijo á los que la acompañaban, quisiera entreabrir la un poco á fin de que mirásemos al través de la rendija.

—Ah! no, advirtieron los pajes, porque lo ha prohibido la Señora, y podría sucederte alguna desgracia.

La niña guardó silencio; mas no bien se hubieron ido los criados, cuando, atormentada por la curiosidad, pensó interiormente:

—Ahora estoy sola y nadie puede verme.

Y colocando la llave en el agujero de la cerradura, la dió vuelta, apareciendo en el interior la estatua de un rey, envuelta en el mas vivo resplandor. Un rayo de luz desprendido de ella, tornó de color de oro la punta de uno de los dedos de la desobediente, la cual, sin acertar á explicarse lo que la acontecía, cerró la puerta con precipitación y se dió á correr toda amedrentada y temblorosa.

Al cabo de unos días, que trascurrieron sin devolver á la conciencia su calma y al dedo su color primitivo, volvió de su viaje la Señora, llamó á la joven y la pidió las llaves del palacio.

—¿Has abierto la puerta decimatercia? la preguntó.

—No, contestó la niña sin inmutarse.

La señora colocó su mano en el corazón de la mentirosa, y, aunque al ver que latía con violencia, comprendió que había sido violada su orden, la interrogó de nuevo:

—¿De veras, no lo has hecho?

—No, contestó la niña segunda vez.

La señora miró el dedo dorado al contacto de la luz, y convencida de la culpabilidad de su ahijada, volvió á interrogar:

—¿No lo has hecho?

—No, contestó la niña por tercera vez.

Entonces dijo la Señora:

—La que no sabe solo desobedecer sino mentir no merece estar conmigo en mi palacio.

La joven cayó en un profundo sueño, á cuyo despertar se encontró tendida en el suelo, en un lugar triste, despoblado. Quiso dar voces y no pudo articular palabra. Quiso huir y un espeso bosque que la rodeaba por todas partes, detuvo su paso. En el círculo en que se veía encerrada halló un árbol, carcomido por los años cuyo hueco tronco eligió por habitación. Allí dormía de noche y, si llovía ó nevaba, aquel era su abrigo sin que su alimento fuese otro que hojas y yerbas.

Después de un largo período de soledad, de hambre, desnudez y otros padecimientos indecibles, un día de primavera el rey de aquel país penetró en el bosque en persecución de un corzo, que llegó en su huida hasta la espesura que rodeaba al viejo árbol. El príncipe bajó del caballo, separó las ramas y se abrió paso con la espada, no sin quedar maravillado al ver sentada debajo del arbusto á una joven sobre manera hermosa, encubierta desde la cabeza hasta los pies por sus luengos y rubios cabellos.

(Continuará.)

GRANADA:

IMPRENTA DE DON FRANCISCO REYES,
calle Alta del Campillo, números 24 y 25.